

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN CIDAP

Fuente: El Mercurio

Fecha: jueves 7 de julio de 2016

Página: 4B

Año: 91

Edición: 34.779

Descriptor: **PURUHÁES, TEXTILES-CHIMBORAZO, ANACOS, INDUMENTARIA TRADICIONAL-ECUADOR.**

Las flores nativas andinas adornan los anacos de las Puruháes



El verde en los rebozos es uno de los colores preferidos por las mujeres de Palmira, esos se combinan con el anaco azul. BSG.



Los anacos de las mujeres de Palmira ahora son de tela y cambian de diseños y modelos en sus bordados y formas. BSG.

Los diseñadores y quienes confeccionan estas prendas, propias de la comunidad, toman como referentes las cualidades estéticas de las plantas andinas y a través de los hilos las plasman en los fillos de los anacos y rebozos.

Las flores de ñachag (*bidens andicola triplinervia* en el mundo científico) pintan de amarillo algunos espacios de los andes ecuatorianos, especialmente en la zona de Palmira y el camino que lleva a Guamote.

La ñachag, según los biólogos, es nativa y endémica de zonas andinas, crecen en los lugares donde haya mucha materia orgánica. El color amarillo encendido de sus siete pétalos es lo que resalta entre el verde de los pastos. A estas flores, la gente le atribuyen cualidades diuréticas y laxantes.

Los ancestros y los sabios abuelos, aún presentes en las comunidades, lo usan para curar la ictericia en los recién nacidos, las afecciones hepáticas e incluso la hepatitis. Las ñachag se cosechan en junio y julio, es una flor de aroma suave, fresco y se dice que posee una consistencia cremosa muy delicada al gusto.

El color y belleza de las ñachag no sólo se quedan en el campo. Los tejedores de Bishut y San Miguel de Pomachaca, de Palmira, en Chimborazo, toman el color y forma de la ñachag para plasmarlo en los anacos, rebozos y blusas de las mujeres puruháes de esa comunidad.

Es imposible que los diseñadores y quienes confeccionan estas prendas, propias de la comunidad, no tomen como referentes para sus obras las cualidades estéticas de las plantas andinas y a través de los hilos plasmarlas en los fillos de los anacos y rebozos.

El tejedor-diseñador y transportista

La tela, materia prima para la confección de estas prendas femeninas, se vuelven un lienzo en la cual Alberto Daquilema plasma las iconografías, usando hilos de diversas cromáticas. Una vez que termina el trabajo, más que una prenda de vestir tiene una obra de arte.

Alberto es tejedor y transportista. Su taller y casa se ubican en San Francisco de Bishut, tierra de tejedores de ponchos y bayetas. El oficio de tejedor lo aprendió cuando niño por impulso de su madre, tejedora también, quien pagó un profesor para que le enseñe a dar forma a las bayetas, ponchos, fajas.

El hombre, que decidió estudiar diseño textil en el Instituto Tecnológico Manuel Naula Sagñay y graduarse para hacer de ello su profesión, aprendió a tejer en un telar

rudimentario, con los hilos de lana de borrego que las hilanderas obtenían con el huango y el huso. Pero no solo aprendió a tejer, también aprendió a tinturar la lana. Otrora había que tejer y teñir las bayetas, para luego confeccionar los anacos con ellas.

Décadas atrás, las mujeres de Palmira, Guamote y otras comunidades vestían anacos de lana de borrego. Para dar forma a ese anaco era necesario que el tejido sea muy fino. 15 días tomaba a los tejedores lograr una sábana que luego se convertiría en la larga prenda femenina que cubría desde la cintura a los pies.

Con el paso de los años, esta técnica de confección disminuyó, casi ha desaparecido. Ahora los anacos se hacen con telas industriales. Las jóvenes no usan los anacos de lana, es más fácil trabajar en anacos de tela.

“Yo conservo el conocimiento ancestral, tuve afán de estudiar sobre prendas de vestir con modelos tradicionales y de ahora; por eso me gradué y sigo mi profesión. Ya tengo nuevos diseños en colores y prendas masculinas y femeninas, ropa para interiores y exteriores”, afirma Alberto, quien en la mañana toma su camioneta doble cabina para brindar el servicio de transporte desde Guamote a diferentes comunidades; y en la tarde se dedica de lleno a su taller junto con su esposa.

Los colores en la prendas

La artesanía textil en San Miguel de Pomachaca ha dado un giro. Si bien la identidad de los Puruháes no se pierde, las formas de elaborar los atuendos pasan por algunas transformaciones. Antes, los anacos se bordaban a mano, ahora con el avance de la tecnología, los motivos naturales o de simbologías de la cultura se diseñan y se pasan a la computadora donde se programa a una máquina bordadora que, en cuestión de minutos, da forma a los motivos de decoración de los anacos.

El diseño de las flores y sus colores se mantienen pero se han sumado otros. En San Miguel, las mujeres prefieren prendas de colores amarillo y tomate, por eso el amarillo de la flor de ñachag no falta. Para el diseño y tonos de las hojas se toma como referente la hoja de chilca.

El tono púrpura de las flores de chocho y de las papas están entre los colores y figuras apetecidas. “Aquí usan más el ucunchi, que es el anaco interior, y yo bordo eso. Nosotros diseñamos con las flores de la naturaleza, la ñachac, la papasisa, (flor de papa), hacemos eso porque las mujeres se identifican con esos colores. Mi visión es mantener siempre nuestra cultura e identidad indígenas; sé que a los mestizos les gusta, pero yo trabajo para los indígenas”, afirma Alberto.

Los bordados entre las nacionalidades de nuestro país son diferentes, así dice el diseñador. Para él, los cañaris bordan motivos diferentes a los puruháes, estos últimos escogen los tonos más llamativos como el amarillo, tomate, verde fosforescente, el rosado y azul marino; colores más usados.

La diferencia no solo se da con otras nacionalidades, sino dentro de las mismas comunidades de Chimborazo. Por ejemplo, las de Colta no usan amarillo, tomate, ni verde fosforescente, como si lo hacen las mujeres de Palmira que escogen para sus blusas y rebozos, los verdes y rosados, tonos que combinan bien con el anaco azul marino y negro. Incluso las fajas tienen colores específicos: tomate, amarillo, verde botella, verde sangre, negro o azul.

Así como las mujeres mantienen sus colores y modelos; los trajes de los hombres descendientes de los puruháes tienen cambios; ellos usan pantalones azules, ponchos rojos, que son propios de la zona, camisetas y bufandas blancas. Los ponchos tienen diversas cromáticas, hay unos de color caramelo y tienen un color en el lado externo y otro en el lado interno.

Un tejedor de muchos años

Antes de llegar a San Miguel de Pomachaca, la calle principal se divide en dos y forma una. Justo en ese punto está la casa de Narciso Sislíma, un veterano tejedor, que instaló un telar inmenso en su casa y en el cual da forma a ponchos y bayetas. El autor de ese telar hecho de finos maderos es ya finadito. “Asís Daquilema, que ya está muerto, sabía hacer estos telares; él también era tejedor, pero ya se fue”, dice Narciso, el hombre que con tan solo 25 años aprendió el oficio. Lo aprendió solo viendo como lo hacía su cuñado. A él nadie le enseñó a tejer, su auto-formación le permitió tener una forma de trabajo. Todas las mañanas Narciso se pone un zamarro de lana de borrego y se sienta entre los maderos del telar. Los pies y las manos se mueven con total sincronía a la hora de dar forma a la prenda. Para eso, el tejedor coloca con total prolijidad los hilos en los travesaños. “Los hilos se ponen en el liso, también se usa el paine que ayuda a dar forma, esas dos cosas son necesarias para tejer bayetas y para los ponchos”, añade.

El hilo de orlón que lo compra en Riobamba es la materia prima para sus tejidos. Los miércoles y sábados son para comprar los hilos. Tejer un poncho es mejor que tejer una bayeta. Al poncho lo teje llano mientras la bayeta es más delgada y fina, por ende exige más trabajo.

Los ponchos de Narciso son llanos, no tienen figuras. Hace ponchos rayados dependiendo de la comunidad de donde venga el pedido. “Las rayas en los ponchos

dependen de las comunas, porque es allá donde usan ese estilo de prenda”, dice el hombre, que teje dos ponchos por día, según el tamaño.

Narciso se sienta muy temprano a trabajar en el telar. Al medio día sale a atender y vigilar a sus animalitos en el campo. Mientras él teje ponchos, sus hijas tejen fajas en otro telar, esas fajas son trabajosas porque tienen figuras. Algunos de los nietos ponen atención para aprender el oficio, pero ya no les llama la atención porque se dedican a estudiar.

“Yo nací en San Miguel, aquí tengo mi casa, había otros tejedores en Bishut. Aquí arribita hay otro maestro que teje ponchos, bayetas y borda. Yo más vendo ponchos a otras comunidades de Riobamba, no vendo en Guamote porque allá están otros vendedores. Ahí no entramos, solo compran los tejidos y bayetas bordadas que hacen allá mismo”. Asevera el viejo tejedor. (BSG)-(Intercultural).



Alberto Daquilema, diseñador y tejedor, así como mantiene su taller de confección textil, también es transportista. BSG.



Los anacos de las mujeres de Palmira ahora son de tela y cambian de diseños y modelos en sus bordados y formas. BSG.